

LAS IDEAS Y EL SISTEMA NAPOLEONICOS ;

(CONTINUACION)

D) LAS IDEAS DEL EMPERADOR.

a) *La contradicción inicial.*

El informe del Gran Juez sobre los complots pasa a las Asambleas. Una diputación de ellas acude a expresar al Primer Cónsul sus sentimientos y su lealtad: "Nos aterroriza pensar —habla Fontanes— que un puñal en la mano de un malvado pueda abatir un gran hombre y llenar de luto todo el Imperio..." Las Asambleas se afanan en dar al problema su solución. Curée es el más decidido respecto a la propuesta que ha de ser elevada al Senado: "Demos a un poder grande un gran nombre; proporcionemos a la suprema magistratura del primer Imperio del mundo el respeto de una denominación sublime"; que Napoleón Bonaparte, actualmente Primer Cónsul, sea proclamado Emperador y permanezca encargado del Gobierno de la República; que la dignidad imperial sea declarada hereditaria en su familia.

Sólo Carnot, "el organizador de la victoria", combate la herencia, para hacer oír "el acento de un alma libre". Nada más intenta ni puede hacer. El Senatus-

consulta del 28 Floreal del año XII (18 de mayo de 1804) establece el Imperio.

* * *

El artículo 1.º de la Constitución del año XII dice así: “El Gobierno de la República se confía a un Emperador...”.

Tras reproducir las sutiles y vanas explicaciones de Thiers, Deslandres concluye: “Singular maridaje es este de un Emperador y una República” (42). Toda conciliación que se intente, acercando las palabras o las ideas, tropezará con la realidad de una contradicción apreciada por el juicio inapelable de los que la vivieron.

El caso cumbre es muy conocido. En la primavera de 1804 Beethoven termina su *Tercera Sinfonía*. Acaso la sugestión del violinista Kreutzer, en el ambiente de la casa Bernadotte, la haya impulsado. Cuando se acaba y cuando se estrena —en casa del Príncipe Lobkowitz— está consagrada al héroe del momento, *Bonaparte*. Pero antes de editarla, Beethoven sabe que Napoleón se ha coronado Emperador, y rompe el título del manuscrito, que encabezará otra palabra: *Heroica*. “Beethoven, republicano o al menos liberal, permanece fiel a su sueño” —escribe Herriot— (43). La nueva dedicatoria estará impregnada de melancolía: “Para celebrar el recuerdo de un gran hombre.”

* * *

Emperador y República. Una contradicción, evi-

(42) Maurice Deslandres: *Histoire Constitutionnelle*, I, p. 563.

(43) Edouard Herriot: *La vie de Beethoven*. Paris, 1933, p. 123.

dentemente. Contradicción inicial, de importancia decisiva.

Merced a ella se intenta prolongar el Pacto del Consulado, hacer definitiva aquella situación transitoria. Fijémonos bien, porque aquí está todo el secreto del Imperio. Una situación política intermedia puede ser un medio excelente; y se equivocan los que la condenan. Como se equivocan los que tratan de convertirla en una situación definitiva. El equilibrio de fuerzas opuestas del Consulado es posible, y acaso acabe en el Imperio. El equilibrio hecho Imperio acabará en la catástrofe.

Repetidamente y sin vacilación, Napoleón enjuició el caso en Santa Elena. *Yo quería* —dijo en una ocasión— *preparar la fusión de los grandes intereses europeos, de la misma manera que había operado la de los partidos entre nosotros. Ambicionaba arbitrar la gran causa de los pueblos y de los reyes. La causa del siglo* —dijo otra vez— *estaba ganada, la revolución realizada: no se trataba más que de acomodarla con lo que no había destruido. Esta obra me pertenecía, yo la había preparado hacia mucho...* A veces, acarió la idea de que desde Europa se acudiese en busca del prisionero de Santa Elena, a impulsos de una necesidad grave: *la necesidad* —decía— *que pueden tener de mí los reyes contra los pueblos desbordados; o la que puedan tener los pueblos sublevados en su lucha con los reyes...*

* * *

En esta contradicción inicial de su propósito se halla, naturalmente, la causa primera de la tragedia

napoleónica. Un personaje de ella, el Conde de Segur, escribió: "Francia se había ganado la enemistad de los pueblos por sus conquistas y la de los reyes por su revolución..." (44). Exactamente: los soberanos temerán lo que hay en él de revolucionario; las naciones, lo que tiene de conquistador; todos a una se emplearán contra su dominio.

Más aún: la contradicción inicial del Imperio hará imposible tal dominio. Donde quiera que lo revolucionario despierte las ideas nacionales o liberales de un pueblo se alzará una resistencia contra la dominación imperial. Aceptar las ideas napoleónicas equivale a sublevarse contra Napoleón; los liberales que sigan sus tesis tendrán como primera tarea política la de luchar contra él. La tragedia napoleónica está en el empeño político de sublevar a los que han de ser dominados y de dominar a los que se sublevaran. El resultado lo apreciaba Napoleón en Santa Elena: *¡El universo entero contra mí!*

b) *La República.*

Examinemos el primero de los términos de la contradicción. No hay duda alguna; la República de que se trata es la fórmula política de la Revolución. Lo reiteran tenazmente el General Bonaparte, el Primer Cónsul, el Emperador, el desterrado de Santa Elena.

La República encierra la verdad incuestionable de la Revolución. Victorioso en Italia, el General Bonaparte discute con los representantes austríacos las condiciones del armisticio. *Hemos llegado al artículo del*

(44) Général Comte Philippe de Segur: *La campagne de Russie*. Paris, Ed. Lapin, p. 2.

reconocimiento —escribe desde Leoben al Directorio el 16 de abril de 1797—. *Yo les he dicho que la República francesa no quería ser reconocida; ella es en Europa lo que el sol en el horizonte; tanto peor para los que no quieran verlo.*

Pronto, cuando alcance el Poder, sentirá que el Primer Cónsul encarna la Revolución. *Quiéren destruir la Revolución atacando mi persona* —dirá tras el atentado de la rue Saint Nicaise—; *la defenderé porque yo soy la Revolución.* Y después del complot que acabó en el drama de Vicennes repetirá: *Esa gente quería introducir el desorden en Francia y matar la Revolución en mi persona; he tenido que defenderla y que vengarla.*

De manera tenaz y consecuente Napoleón explicó el origen del Imperio, atenido al plcito político del Consulado que le dió origen: *He creado el Imperio para la salvación de la Revolución.* A Caulaincourt le decía en diciembre de 1812: *Primer Cónsul o Emperador, he sido el rey del pueblo...* Por el pueblo había sido empujado. *Una voz unánime, salida del fondo de los campos y de en medio de las ciudades, pedía que, conservando todos los principios de la República, se estableciese en el Gobierno un sistema hereditario que pusiese los principios y los intereses de la Revolución al abrigo de las pasiones y de la influencia del extranjero.*

Otro texto aún, de Santa Elena: *El Imperio, como yo lo comprendía, no era más que el principio republicano regularizado; él consolidaba la obra de la Asamblea Constituyente...*

De cuanto Napoleón dijo en el destierro a Las Casés, sus palabras del 9 de abril de 1816 son las más

impresionantes desde el punto de vista político. Las noticias de Europa le llevan a enjuiciar todo el problema. Una vez más —vehemente y elocuentemente ahora— ratifica la fe confesada en Leoben, afirma la encarnación histórica del Consulado, siente el orgullo de la labor revolucionaria del Imperio: *Nadie podrá destruir o borrar los grandes principios de nuestra Revolución... Viven en la Gran Bretaña, iluminan América, se nacionalizan en Francia... Serán la fe, la religión, la moral de todos los pueblos; y esta era memorable se vinculará... a mi persona. Así, aun cuando yo no exista, seguiré siendo para los pueblos la estrella...* (45).

* * *

El Imperio, en la vertiente interior, quiere salvar la revolución jacobina; en la vertiente exterior emprenderá la guerra girondina de conquista y propaganda. El Emperador se atendrá a las ideas del General Bonaparte: *El sistema de Francia debe llegar a ser el de Europa, si ha de durar.*

El Imperio aparece como un fenómeno sorprendente: en Francia es la continuación conservadora del Consulado; fuera es el empuje revolucionario de la República. “¡Contraste singular! —escribe Arthur Levy (46)—. Napoleón, hijo de la Revolución, será en Francia el reconstructor del edificio social trastornado... En el extranjero... es el verdadero instrumento de la Revolución. Los ejércitos no parecen abrir brecha más que para dejar paso al soplo violento de la

(45) Las Casca: *Memorial*, I, p. 470-1.

(46) Arthur Levy: *Napoleon et la Poix*, p. 438.

libertad... Como un jefe de bandas revolucionarias, no conquista más que para destruir..."

Eduardo Driault subraya: "La República había hecho de los principios de 1789 la ley de la nueva Francia; el Imperio quiso extenderlos a la mayor parte de Europa, a toda Europa, al mundo entero: porque su verdad y su alcance son universales" (47).

Conforme al primer término de la contradicción, el Imperio es la República en toda Europa.

c) *El Imperio.*

Examinemos el segundo término de la contradicción. También aquí podemos acercarnos sin grandes vacilaciones a una de las ideas napoleónicas fundamentales.

Napoleón será Emperador, "real e inmediatamente", conforme al concepto original de la palabra *Imperator*: el mando en jefe del Ejército (48).

La victoria y la conquista darán a sus dominios la segunda condición necesaria a la realidad del *Imperium*; lo que Carl Schmidt llama "un ámbito especial de gran extensión" (49).

Y esta extensión del dominio, en la Europa de las naciones dividida en sus fundamentos por la Reforma, hará del Imperio moderno de Napoleón —más aún que del Imperio medieval— una entidad supranacio-

(47) Edouard Driault: *Les Enseignements de Napoleon. Le système continental*. Rev. des Et. Nap., mayo 1929, p. 274.

(48) Belloc: *Napoleón*, p. 31.

(49) Carl Schmidt: *El concepto de Imperio en el Derecho internacional*. REVISTA DE ESTUDIOS POLÍTICOS, enero de 1941, p. 83.

nal: el Emperador será un rey de reyes, un señor de señores .

* * *

El tema del Imperio fué tratado por Napoleón en una doble y constante apreciación que le servía para contrastar la realidad miserable de la Europa de su tiempo y la grandeza de su ambicioso proyecto.

Europa —decía a Bourrienne en 1798— es una topera; sólo ha habido grandes imperios y grandes revoluciones en Oriente, donde vivían seiscientos millones de hombres. He llegado demasiado tarde —afirmaba a Decrés en 1804—; ya no queda nada grande que hacer. Sí, estoy conforme, mi carrera es hermosa, grande mi camino; pero ¡qué diferencia con la Antigüedad! Mirad a Alejandro; después de haber conquistado Asia y haberse anunciado a los pueblos como hijo de Júpiter... todo el Oriente lo creyó. Pues bien, si yo me declarase hijo del Padre Eterno... no habría verdadera que no silbase a mi paso.

La consideración del pasado ha dado vida a su ambición. En 1812 decía a Narbonne: *El día en que felizmente encontré a Bossuet y leí en su "Discours sur l'histoire universelle" la sucesión de los imperios y lo que dice magníficamente de Alejandro, y lo que dice de César... me pareció que el velo del templo se rasgaba de arriba abajo y que veía a los dioses marchar. Desde entonces, esta visión no me ha abandonado, en Italia, en Egipto, en Siria, en Alemania, en mis jornadas más históricas...*

Yo he querido el Imperio del mundo —confesaba, en los Cien Días, a Benjamín Constant—.

* * *

El gran proyecto hacía de París *la verdadera capital de Europa. Quería que llegase a ser una ciudad de dos, tres o cuatro millones de habitantes... en una palabra, algo fabuloso, colosal, desconocido hasta nuestros días...*

El gran proyecto exigía la ordenación de Europa bajo un solo jefe, bajo un Emperador que tuviese por oficiales a los reyes; que distribuyese reinos a sus lugartenientes, que hiciese al uno rey de Italia, al otro de Baviera, a éste "landamman" de Suiza, a aquél "stathouder" de Holanda, todos con cargos en la casa imperial, con los títulos de copero mayor, panetero mayor, caballero mayor, montero mayor... Se dirá —advertía ante Miot de Melito en 1803— que este plan no es más que una imitación de aquel sobre el cual el Imperio alemán fué establecido; y que estas ideas no son nuevas; pero nada hay absolutamente nuevo; las instituciones políticas no hacen más que rodar en un círculo y, frecuentemente, hay que volver a lo ya hecho.

El gran proyecto exigía que París tuviese la autoridad de Roma: *París sería la capital del mundo y la residencia del Soberano Pontífice de ochenta millones de católicos. El poder espiritual del Papa se acrecentaría naturalmente con el apoyo de la omnipotencia temporal del Emperador. En 1813, sin los acontecimientos de Rusia —decía Napoleón en Santa Elena— el Papa hubiese sido obispo de Roma y de París... Roma hubiese sido transportada a la antigua Lutecia.*

El gran proyecto le lleva a fundar la Cuarta Dinastía. *Yo era la clave de un edificio completamente nuevo. La arquitectura de su construcción política necesitaba de la Casa Bonaparte, cuyos miembros reemplazarían a los Merovingios, los Carolingios y los Ca-*

petos que habían reinado en la vieja Francia. En la organización supranacional del Imperio, los Bonaparte ocuparían los tronos de Europa, subordinados a la autoridad suprema del Emperador. *Al coronarlos —decía Napoleón en Santa Elena— yo no los consideraba en mi pensamiento más que como virreyes, agentes de mi política, que yo volvería a llamar a las filas francesas según las exigencias de los arreglos de la paz general o de la reorganización del continente europeo.* “Napoleón —escribe Deslandres (50)— después de haber hecho a sus hermanos reyes, no los trataba como tales; continuaba viendo en ellos a unos príncipes franceses, a unos súbditos.”

Tal era una de las mayores necesidades y una de las mayores dificultades del Imperio. Su extensión exigía la variedad de las soberanías; su unidad, la subordinación de ellas al Emperador. José, Luis, Jerónimo, Joaquín, Elisa, Paulina, reyes o duques. *¡Era un hermoso Imperio!* —diría Napoleón en Santa Elena.

d) *Unidad de Europa.*

Cuanto en el pensamiento napoleónico afirma la unidad europea y tiende a la supresión de cualquier distancia entre los pueblos, procede, naturalmente, del lado republicano, revolucionario, de su ideología.

Para Napoleón la unidad europea es una realidad —realidad natural— que debe ser llevada a cabo políticamente.

Europa es una provincia del mundo —afirmó en

(50) Maurice Deslandres: *Histoire Constitutionnelle*, II, p. 625.

diversas ocasiones— y *una guerra entre europeos es una guerra civil*. Y en el Cuerpo legislativo señalaba a Francia esta tarea: *Corresponde al pueblo más esclarecido, más humano, recordar a las naciones civilizadas de Europa que no forman sino una misma familia y que los esfuerzos que emplean en sus disensiones civiles alcanzan a la prosperidad común*.

¿Qué es lo que impide esa unidad, lo que enfrenta a los pueblos destinados a formar un todo? El mal que la Revolución ataca, las diferencias políticas que la guerra girondina quiere suprimir. *Es preciso —decía en el Consejo de Estado en julio de 1805— que todos los países unidos sean como Francia; y si reunís desde las Columnas de Hércules a Kantchaca, es necesario que allá se extiendan las leyes de Francia. ¿Por qué? —se preguntaba en Santa Elena— mi Código Napoleón no hubiese servido de base a un Código europeo, mi Universidad imperial a una Universidad europea? De tal manera no hubiésemos compuesto más que una sola e idéntica familia. Cada cual, viajando, no hubiera cesado de encontrarse en su casa.*

La tesis napoleónica de las nacionalidades —que será la doctrina internacional proclamada por el Segundo Imperio— ha dado lugar a frecuentes confusiones, pues se le ha opuesto, erróneamente, a su concepción de la unidad europea. No es difícil —como más adelante veremos— percibir el origen y fijar exactamente la estimación napoleónica del valor de las naciones. *Uno de mis más grandes pensamientos —afirmó el Emperador en Santa Elena— fué la aglomeración de los mismos pueblos geográficos que han disuelto, despedazado, las revoluciones y la política. Esparcidos en Europa se encontraban treinta millones*

de franceses, quince millones de españoles, quince de italianos, treinta de alemanes. Habría de procederse a una simplificación sumaria, formando con los hombres de cada uno de esos núcleos dispersos *un solo e idéntico cuerpo de nación*. Ni lo místico o religioso del sentimiento nacional, ni su enraizamiento en la tierra, ni su fusión con los muertos, juega en esta apreciación napoleónica. La agrupación propugnada es tan sólo un medio, un escalón, que permitirá realizar *el ideal de la civilización; la unidad de los códigos, de los principios, de las opiniones y de los intereses; la gran familia europea*.

Porque la realidad natural no es la nación, sino el todo supranacional que el Imperio intentara llevar a cabo: *los mismos principios, el mismo sistema, un Código europeo, una misma moneda... los mismos pesos, las mismas medidas, las mismas leyes. Hubiéramos realizado y mantenido —decía en Santa Elena— la emancipación de los pueblos, el reino de los principios; no hubiera habido en Europa más que una sola flota, un ejército único...*

La realidad evidente de la unidad europea le había permitido acariciar la visión de su gran sueño conseguido: *Mis ocios y mis días de vejez hubieran estado consagrados, en compañía de la Emperatriz y durante el aprendizaje real de mi hijo, a visitar lentamente, en verdadero matrimonio campesino, con nuestros propios caballos, todos los rincones del Imperio, recibiendo las quejas, enderezando los errores, sembrando en todas partes los monumentos y los beneficios*.

El desterrado de Santa Elena no perdió sus convicciones girondinas: *... Llegará, tarde o temprano, por la fuerza de las cosas; el impulso está dado... El*

primer soberano que, en medio de la primera gran lucha abrace de buena fe la causa de los pueblos, se encontrará a la cabeza de toda Europa...

e) *Continuidad de Europa.*

Cuanto en el pensamiento napoleónico afirma la continuidad de Europa ha de referirse al segundo término de la contradicción inicial. Porque él quiere heredar a los viejos imperios que rigieron el Continente; porque aspirará a la sucesión de dos edades.

Driault ha señalado el afán de síntesis que ganaba a su obra: “¿Santo Imperio Romano Germánico? ¿Romano Germánico? ¿Cómo asociar estos dos epítetos? Ellos juran que están unidos, y no son más que cacofonía, anarquía política y social, durante diez siglos, hasta Austerlitz...” (51).

Arthur Levy censura, en buen republicano, aquel lado del carácter napoleónico que rinde tributo a la tradición en la continuidad legítima de las monarquías. “Durante casi toda su vida puso en ellos (los soberanos) una especie de confianza respetuosa en la que la superstición tenía sin duda tanta parte como el sentimiento constante de su oscura extracción... Debemos prestar una importancia real a esta innegable tendencia de su carácter” (52). El orgullo revolucionario estalla a veces en el hombre: *Se ha publicado en nuestros periódicos —dice el 14 de julio de 1805— una genealogía tan ridícula como trivial de la casa Bonapar-*

(51) Édouard Driault: *Les enseignements de Napoleon. La leçon de Rome. Rev. des Etud. Nap.*, núm. 87, p. 339.

(52) Arthur Levy: *Napoleon et la Paix*, p. 45.

te. Estas investigaciones son bien pueriles y a todos los que pregunten de qué tiempo data la casa Bonaparte, la respuesta es bien fácil: data del 18 de Brumario... Pero el Emperador —que verá en la Restauración borbónica la obra misteriosa de la magia del pasado— no se librará de una gran angustia: Todo esto durará lo que yo; pero, después de mí, mi hijo se considerará dichoso si tiene cuarenta mil francos de renta. En Santa Elena apreció la gran dificultad de un mando, como el suyo, sin la autoridad hereditaria de la antigua tradición, privado del prestigio de... la legitimidad... Lo bueno de la aristocracia —decía— su magia, está en su antigüedad, en el tiempo; y éstas eran las únicas cosas que yo no pude crear...

El Imperio sólo se mantendrá si, enlazando con la Antigüedad y la Edad Media, hereda la autoridad de las viejas construcciones históricas. *Yo soy un emperador romano —decía a Narbonne en 1812—; soy de la mejor raza de los Césares, aquella que funda. Soy el dueño de Francia, de Italia y de las tres partes de Alemania —afirmaba a Canova en 1810—; soy el sucesor de Carlomagno.*

En 1806, advertía a Monseñor Arezzio: *El Papa me ha coronado, no Rey, sino Emperador de Francia, y yo sucedo en derecho no a los reyes, sino a Carlomagno.* Sus sueños de una supremacía espiritual se apoyaban en el doble recuerdo: *París —decía en Santa Elena— hubiera llegado a ser la capital del mundo cristiano y yo habría dirigido el mundo religioso a la vez que el político... Habría tenido mis sesiones religiosas como mis sesiones legislativas...; hubiera abierto y cerrado las asambleas, aprobado y publicado sus*

decisiones, tal como hicieron Constantino y Carlomagno...

f) *Oriente y Occidente.*

Este Imperio, que realizará la unidad y la continuidad de Europa, ¿dónde acaba? ¿Qué límites ha de tener?

“Napoleón —escribe Cassagnac (53)— tenía sus razones para separar a Europa en dos partes: el Oriente y el Occidente. Y en el Oriente colocaba a Rusia.” Como más adelante veremos, la lucha por la continuidad de Europa le enfrentará con Austria, la batalla por la unidad con Gran Bretaña. De aquí, que sus palabras a Fox tengan una gran importancia en el tema. *No hay en el mundo —decía al político inglés en septiembre de 1802— más que dos grandes Estados: el Oriente y el Occidente... Con matices diferentes, Francia, España, Inglaterra, Italia y Alemania tienen las mismas costumbres, los mismos hábitos, la misma religión, el mismo traje; un hombre no puede desposar más que una mujer; no hay en ellos esclavos. He aquí las grandes cuestiones que dividen en dos a los habitantes del globo que no son salvajes.*

Europa, lo que geográficamente se llama Europa, se prolonga, sin solución de continuidad, en lo que geográficamente, se llama Asia. Y esa Europa no forma, para Napoleón, una unidad, sino una dualidad. El gobierno del mundo ha de corresponder a esa doble dirección. En Napoleón se halla arraigada la convicción de que ha de existir otro gran Imperio, con el que ha

(53) Paul de Cassagnac: *Napoleon pacifiste*, p. 197-198.

de vivir en la amistosa distribución del mando de los hombres, o con el que ha de luchar —si la armonía no se consigue— en un último y definitivo encuentro.

La frontera entre ambos Imperios no ofrece dudas para él. Tampoco se engaña al considerar que la determinación y estabilización de tal frontera es una de las grandes dificultades que han de ofrecerse a la inteligencia entre los dos Emperadores.

Aparece aquí, con toda su trascendencia, el problema polaco: *El futuro de Europa depende realmente del destino definitivo de Polonia. Nunca ha reconocido Francia el reparto de Polonia* —dirá en noviembre de 1806 a los diputados de Posen—. *Hace al interés de Europa, al interés de Francia, que Polonia exista. El restablecimiento de Polonia* —advertía a Fain en abril de 1812— *me ha parecido siempre deseable para todas las potencias de Occidente. Mientras que tal Reino no sea rehecho, Europa estará sin frontera del lado de Asia, y Austria y Prusia se hallarán frente a frente del mayor Imperio del universo: Yo quería restablecer el Reino de Polonia* —decía en Santa Elena— *como una fuerte y potente barrera contra la ambición incesante de los zares. Polonia* —afirmaba a Montholon— *es la barrera natural de la Europa occidental contra Rusia.*

La frontera entre los dos Imperios plantea otro problema, de idéntica o mayor importancia, de idéntica o mayor dificultad en cuanto a su solución. Problema, en torno al cual girará, en gran parte, la vida internacional del mundo contemporáneo: la cuestión de Oriente. *Constantinopla* —decía Napoleón a Meneval— *es el Imperio del mundo.* También aquí, el acuerdo entre Napoleón y Alejandro será imposible. *Discu-*

timos muchas veces —decía Napoleón a O'Meara en Santa Elena— la posibilidad y la eventualidad del reparto (de Turquía) respecto a Europa; esta proposición me agradó en el primer examen... Sin embargo, cuando consideré friamente las consecuencias, cuando vi el inmenso poder que Rusia alcanzaría con ello... rehusé terminantemente mi concurso. Para Napoleón, Constantinopla en manos de Rusia, destruiría lo que él entendía por la balanza política, es decir, el equilibrio de los dos grandes Imperios. Porque Francia, con Egipto, Siria e India, no sería nada en comparación de Rusia con las nuevas posesiones.

La visión apocalíptica del Occidente invadido por las masas rusas no le abandonó un momento en Santa Elena, O'Meara recogió sus palabras: *Veréis a los rusos conquistar la India o entrar en Europa con cuatrocientos mil cosacos, las tribus del desierto y doscientos mil soldados rusos... Esos canallas tienen todo lo necesario para formar excelentes ejércitos; son valientes, activos, soportan la fatiga con perseverancia, se mantienen con poco, son pobres y no piden otra cosa que enriquecerse... Que un zar intrépido les ofrezca el pillaje de algunas grandes ciudades y millares de ellos se reunirán bajo sus banderas... Las Cases recogió de sus labios la misma visión: Es imposible no temblar ante la idea de tal masa... que caerá impunemente sobre vosotros, inundándolo todo si triunfa, retirándose en medio de los hielos, en el seno de la desolación, de la muerte, convertidos en sus reservas si es derrotada; todo con la facilidad de reaparecer tan pronto el caso lo requiera... Que se encuentre un Emperador de Rusia valeroso, impetuoso, capaz, en una palabra, un Zar*

que tenga "de la barbe au menton", y Europa será suya...

g) *Las ideas y los hechos.*

¿Ideas solamente? ¿Palabras nada más? ¿Elucubraciones despreciables de un "ideólogo"? Evidentemente, no. Una vez más, los hechos nos servirán de piedra de toque para comprobar el alcance de las palabras. Con rigor lógico, las realizaciones del Imperio —los intentos de realización al menos nos permitirán hacer luz—.

La contradicción inicial —Emperador de la República— la hallaremos en el acto —inicial también— de la Coronación, gesto simbólico que presidirá la conquista y la ordenación de la Europa napoleónica.

La idea de la continuidad de Europa dará vida a la rivalidad con Austria, a la relación con la Corona Imperial de Viena. Empeño doble, por la eliminación y por la herencia de aquel Poder, que dictará tanto el encuentro de Austerlitz como la boda con la Archiduquesa María Luisa.

La idea de la unidad de Europa lanzará al Imperio napoleónico al duelo con el Imperio extraeuropeo de la Gran Bretaña, le empujará a las invasiones del *sistema continental* y, en esa línea, al doble crimen de Madrid y de Lisboa.

Su concepción de los dos Imperios, el de Oriente y el de Occidente, que han de vivir en el armónico reparto del mando o han de enfrentarse en un encuentro decisivo, le llevará a la ilusión de la paz de Tilsit, y luego le hará lanzar el ejército de las veinte naciones con-

tra Moscú, en la campaña de Rusia. Intento definitivo; resultado definitivo también.

E) LOS ACONTECIMIENTOS DEL IMPERIO.

a) *La Coronación.*

El 2 de diciembre de 1804 tiene lugar este simbólico acto de la Coronación. Tres observaciones nos permitirán entender su significación y alcance.

En primer lugar, Napoleón no se corona Rey, no acude, conforme a la tradición monárquica francesa, a la catedral de Reims, ante un arzobispo francés. Napoleón se corona, ante el Papa, en Notre Dame de París: *El Papa —dijo, como ya vimos— me ha coronado, no Rey, sino Emperador...*

En segundo lugar, tal ceremonia no supone, para él, el abandono de la tesis revolucionaria, que considera base de su poder la voluntad popular expresada en el plebiscito. *La apelación al pueblo* —dijo a ThibaudEAU en agosto de 1802— *tiene la doble ventaja de legalizar la prórroga y de purificar el origen de mi poder...* En diciembre de 1812, advertía a Caulaincourt: *Primer Cónsul, Emperador, yo he sido el Rey del pueblo.* Y en enero de 1814 decía al Cuerpo Legislativo: *El Trono, sin la nación, no es nada... Vosotros os decís representantes del pueblo, pero no lo sois... No hay otro representante de él más que yo. Cinco millones de votantes me han llevado, sucesivamente, al Consulado, al Consulado vitalicio, al Imperio... Yo no tengo la corona de mis padres, sino de la voluntad de la Nación que me la ha dado.*

Apurando los textos napoleónicos, acaso hallemos alguna palabra que parece alterar la pureza de la tesis revolucionaria. *Me debo a mi gloria* —decía a Molé en 1814—. *De ella proceden todos mis derechos... Yo tengo la Corona de la Nación y de mi espada...* He aquí el lado republicano que alentará en la ceremonia.

Y este lado republicano —tercer punto a subrayar— habrá de conciliarse con la tesis tradicional de la Consagración. ¿Consagración verdadera? ¿Unción y coronación en un sentido plenamente religioso? También en esta vertiente los textos napoleónicos nos hacen pensar en una alteración del contenido de la palabra. Tal sospecha nos gana el ánimo a veces. Desde Colonia, el 15 de septiembre de 1804, Napoleón escribe al Papa: *Yo ruego (a Su Santidad) que venga a dar el carácter de la religión a la ceremonia de la Consagración y de la Coronación del primer Emperador de los franceses.* Dos semanas más tarde, una orden de Napoleón parece advertir su estimación del Pontificado: *Tratad al Papa como si tuviese doscientos mil hombres.* El 5 de diciembre advierte al cardenal Fesch: *Es indispensable que el Papa acelere su marcha. Yo estoy dispuesto a aplazar la ceremonia hasta el 2 de diciembre; si entonces el Papa no ha llegado, la Coronación tendrá lugar y nos veremos obligados a diferir la Consagración.* Evidentemente, lo religioso es una fuerza. Pero, ¿en dónde reside esta fuerza? ¿Está su virtud en la Verdad? El revolucionario pronunciará en Santa Elena la palabra que acaso explique su pensamiento. En su concepto de la voluntad popular hemos hallado a “la espada”; en la intervención del Papa encontraremos un afán de “prestigio”. *La religión católica* —dijo a Montholon en Santa Elena— *es una ayuda todopoderosa*

para la realeza. ¿Qué sería la realeza si no hablase a la imaginación y reposase solamente sobre la razón fría?... Desde el momento que quitáis a la realeza el prestigio que recibe de la unción del Señor, y la sometéis al frío cálculo de la razón, deja de ser realeza y llega a ser una magistratura.

No es raro que las dos ideas, la revolucionaria y la tradicionalista, se influyan mutuamente en una doble alteración. Ambas concurren al problema. Y el problema es éste: Emperador, elegido por el pueblo, ungiendo por el Papa. He aquí los tres conceptos que jugarán en la Coronación.

* * *

Durante todo un mes van llegando al Senado los resultados del plebiscito, que serán llevados a Napoleón precisamente la víspera de la ceremonia religiosa, en un intencionado enlace y en una cuidada sucesión de ambos acontecimientos. Tres millones y medio, contra dos mil quinientos votantes, se han pronunciado por el Imperio: El Senado, en corporación, acude a las Tullerías. Su Presidente, François de Neufchâteau, dice al Emperador que el resultado del plebiscito "hace entrar en puerto el barco de la República. ¡Sí, Señor; de la República! —añade—. Esta palabra puede herir los oídos de un soberano ordinario. Aquí la palabra está en su lugar..." (54).

Los arquitectos han transformado la catedral gótica en un templo clásico. El sol ha transformado el tiempo lluvioso de la víspera en una espléndida mafia-

(54) A. Aulard: *Histoire Politique de la Revolution Française*. p. 778; París, 1926.

na. La muchedumbre de los parisinos contempla el espectáculo de una procesión, espectáculo que la Revolución ha borrado de la vida de Francia; y si saludan con un regocijo desenfadado al curial que, en una mula blanca, abre la marcha, sosteniendo la cruz, se arrodillan en un gesto de respeto súbito ante la figura de Pío VII que, vestido de blanco, les bendice.

Una hora más tarde —a las diez de la mañana— el cortejo imperial parte de las Tullerías. Murat, gobernador de París, abre la marcha, caracoleando en un soberbio caballo negro, seguido de un Estado Mayor cuya brillantez ciega la vista de los espectadores. El centro del interminable cortejo lo constituye la gran carroza donde van Napoleón y Josefina, José y Luis. Desde el Arzobispado, donde los soberanos visten las suntuosas y pesadas ropas de la ceremonia, marchan todos a pie por una galería de madera hasta la catedral.

Cuatro mariscales llevan "los honores": Serurier, el anillo; Moncey, la cestá para el manto; Murat, el cojín para la corona; Lefebvre, el cetro. Lefebvre —el marido de madame Sans-Gêne, figura típica de la *cour parvenue* (55)— camina radiante, contando a su vecino, en voz baja, el momento en que, sargento del Rey, había presentado las armas en la consagración de Luis XVI. A todos llama la atención la serenidad del Emperador, la desenvoltura de sus maneras, no entorpecidas por la emoción que le gana. (Las malas lenguas asegurarán luego que ha empujado con el cetro al cardenal Fesch para que aligere el paso.)

El Papa aguarda en el altar. El Emperador se

(55) V. el cap. "Une Cour Parvenue", en Louis Madelin: *La France de l'Empire*, p. 37-53; París, 1926.

arrodilla y recibe la triple unción. Luego, Josefina es ungida a su vez.

* * *

La famosa sorpresa no existe; al menos la sorpresa del momento. Ciertamente, Pío VII ha abandonado Roma pensando que ha de *consagrar* y *coronar* al Emperador. Así lo hicieron siempre los Pontífices, los Arzobispos de Reims, los Prelados que presidieron tales ceremonias.

(La sorpresa no puede existir para nosotros que conocemos el plebiscito de la víspera y las palabras y los propósitos de Napoleón. *Tengo la corona de la nación y de mi espada*. Si el Papa tarda, se aplazará la consagración, nada más.)

El 30 de noviembre, en París ya, Pío VII ha recibido el texto del *ceremonial*, tal como ha sido redactado por Cambacéres, Champagny, Portalis y Segur. Las palabras rituales que conciernen a la espada han sido modificadas; el Papa no dirá *tibi concessum*, sino *oblatum*; no *dará*, sino *presentará* la espada. El Papa —sobre todo— no coronará.

“El Emperador, consagrado, sube las gradas del altar; sobre este altar reposa la llamada corona de Carlomagno; la coge firmemente y la coloca sobre su cabeza, la mano izquierda en el pomo de la espada que acaba de recibir. Después toma la corona de la Emperatriz, que aguarda arrodillada al pie de las gradas. El coloca, un instante, sobre su propia cabeza esta nueva corona, y descendiendo los escalones con paso lento y seguro, corona, con una dulzura que no es ciertamente fingida, a la mujer, sacudida de emo-

ción" (56). El Papa les bendice. Los asistentes les aclaman. La música llena, triunfal, las naves.

Después, Pío VII se retira para no asistir al juramento, en el que se habla del territorio de la República, de las leyes del Concordato, de la libertad de cultos y de la igualdad de derechos, de los bienes nacionales y de la Legión de Honor...

El cortejo imperial vuelve a las Tullerías, dando un rodeo interminable para satisfacción de los parisinos. A las seis y media de la tarde Napoleón puede, al fin, despojarse de la corona. Ni la emoción ni la duración de la fiesta le han quebrantado; no muestra el menor cansancio.

b) *La rivalidad con Austria.*

La idea de la continuidad —hemos dicho— dictará las relaciones franco-austríacas. Un doble empeño francés por eliminar y por heredar el Imperio que Viena ostenta. Guerra implacable, a veces; paz, alguna vez, tan estrecha, que será sellada con la fusión de la sangre.

El título, por sí solo, parece crear la rivalidad. "La apropiación del título imperial... fué un serio motivo (para la ruptura de 1805), y de la más aguda importancia moral para Austria, que conservaba el viejo título imperial. Algo como los celos de mil años antes entre el antiguo título romano imperial de Constantinopla y el nuevo título imperial de Carlomagno" (57).

Pero la nueva rivalidad no quedará en unos celos

(56) Louis Madelin: *L'Avènement de l'Empire*, p. 206.

(57) Belloc: *Napoleon*, p. 33.

por la ostentación del nombre, sino que será una lucha por el dominio efectivo que el nombre encierra. Aparte la variedad de tierras y de razas que forman su patrimonio en el Este, Viena manda, en el Oeste, a caballo sobre dos pueblos: el alemán en el Norte, el italiano al Sur. Antes y después de Napoleón, esa hegemonía vienesa descansará sobre la división, en pequeños Estados, de Alemania y de Italia.

El Imperio napoleónico intentará que París sustituya a Viena en el dominio sobre ambos pueblos: no de otra manera será posible el mando en el Continente. Pero las ideas de Napoleón introducen aquí una variante de importancia decisiva; la autoridad del Imperio en tales tierras no necesita de la división de ellas en reinos numerosos y de escasa extensión; por el contrario, todo aconseja la reunión de italianos y alemanes en el menor número posible de Estados, camino de la unidad. Esta unidad —cercana o lejana, posible o conveniente en un momento difícil de determinar, realizable por etapas que suponen diversas agrupaciones previas— es un pensamiento bastante firme en Napoleón, y responde a aquella *simplificación sumaria* mediante la cual los núcleos nacionales permitirán la realización superior de la unidad de Europa.

En cuanto a Italia, el pensamiento es claro. *Tengo grandes proyectos sobre Italia* —decía Napoleón a Bourrienne en marzo de 1802—; *es preciso que se convierta en un reino que comprenda todos los países situados más allá de los Alpes, desde Venecia hasta el pie de los Alpes marítimos... Haremos (de Roma) la capital de Italia* —afirmaba a Canova en 1810— y *le reuniremos además Nápoles...* En Santa Elena pun-

tualizó los obstáculos que se oponían a este proyecto: 1.º, *las posesiones que tenían las potencias extranjeras*; 2.º, *el espíritu localista*; 3.º, *la residencia de los Papas en Roma*.

Alemania ofrece, en primer término, como entidad diferente de Austria y de Prusia, una gran ventaja para Francia: *Si la corporación germánica no existiese* —escribe al Directorio en mayo de 1797 (58)—, *sería necesario crearla expresamente para nuestra conveniencia*. Pero esta conveniencia exige la simplificación: *Hubiera sido más útil para Francia* —decía en Santa Elena— *que Alemania, aparte Austria y Prusia, hubiese estado dividida en otras tres monarquías suficientemente poderosas para defender su territorio...*

A Alemania y a Italia les alcanza el mismo principio: *Europa no estará tranquila hasta que las cosas se encuentren así: los límites naturales...*

* * *

La tarea se inicia en la política exterior del Consulado, ante aquellos acontecimientos que le permiten, en medio de su actitud general conciliadora, proseguir el empeño girondino.

Suiza, en primer lugar. Las tropas francesas restablecen el orden turbado por la guerra civil. En 1803, el Primer Cónsul dicta el *Acta de mediación*, y se convierte en *mediador* entre las facciones interiores y entre la Confederación Helvética y los demás países. En realidad, Francia tiene ya un Primer Estado va-

(58) Damas-Hinard: *Dictionnaire-Napoleon*, p. 17; París, 1854.

sallo, que viene obligado a facilitarle un contingente de dieciséis mil hombres.

El Primer Cónsul interviene en los asuntos de Alemania, conforme a los proyectos de la República acariciados desde 1795. En París, los príncipes alemanes rodean a Talleyrand. En 1803 la Dieta registra las decisiones del Primer Cónsul, y los Estados del Imperio se reducen de 360 a 82. Las ciudades libres y los principados eclesiásticos suprimidos benefician a los soberanos clientes de Francia: los de Prusia, Baviera y Wurtemberg. Simplificación sumaria, evidentemente.

En cuanto a Italia, la intervención es más decidida aún. Francia se anexiona el Piamonte y la isla de Elba en 1802. En enero del mismo año el Primer Cónsul es elegido Presidente de la República Italiana —nombre nuevo de la República Cisalpina— cuyo territorio se agranda con el Ducado de Parma, a la muerte del Duque.

Proclamado Emperador, Napoleón se hace coronar, en mayo de 1805, rey de Italia. *El Emperador de los franceses, Napoleón I* —dice el decreto, fechado en París el día 17 de marzo— *es Rey de Italia. La corona de Italia es hereditaria en su descendencia directa. Al tomar la corona de hierro y colocarla sobre mi cabeza —asegura Napoleón en Milán— he agregado estas palabras: Dios me la da, desdichado el que la toque...*

En junio de 1805 Francia se anexiona Génova. Ante la reanudación de la guerra con Gran Bretaña, Napoleón ocupa los puertos napolitanos. En realidad, Italia está en sus manos.

* * *

La proclamación del Imperio y la intervención en Italia ponen fin a toda vacilación austríaca. Cuanto Viena significa se halla en juego y sólo podrá salvarse mediante la victoria de la Tercera Coalición. Austria será la fuerza de choque contra Francia. Las "batallas modelo" de Ulm y de Austerlitz —modelo la primera también— suponen su derrota. La paz que se siga liquidará las cuentas austro-francesas.

Cuando el 3 de diciembre de 1805, al día siguiente de Austerlitz, el Emperador de Austria, Francisco II, comparece ante Napoleón en el molino de Spaleny no se hace ilusiones. Alto y delgado, pálido y triste, un viejo a los cuarenta años, oye a Napoleón excusarse de la incomodidad en que le recibe: "Estos son los palacios que V. M. me obliga a habitar hace tres meses." "En estas estancias —le responde— os va bastante bien; no hay motivo para que me lo tengáis en cuenta."

El vencedor otorga el armisticio, que ha de llevar a "una rápida paz". ¿Qué paz? Lo que permite puntualizar el pensamiento de Napoleón es su oposición al pensamiento de Talleyrand, quien el 17 de octubre de 1805 le ha expuesto en una Memoria sus puntos de vista respecto a la indudable victoria. Talleyrand se mantiene en la vieja línea monárquica, siguiendo a Choiseul y Vergennes, buscando el equilibrio de Europa en la alianza de Francia y Austria frente al doble poder de Prusia y Rusia. Francia —"Francia es bastante grande..."— reducida a sus límites naturales, reconocidos ahora por Austria, buscaría, no el despojo, sino la amistad del enemigo de la víspera. Fuera de los límites naturales se impone la renuncia a cualquier territorio, fuente de discordias. "La existencia

de tal masa (la Monarquía austríaca) es necesaria. Es indispensable a la salud de las naciones civilizadas.”

La Paz de Presburgo, que Napoleón impone el 25 de diciembre de 1805, rechaza de manera tajante el pensamiento del equilibrio, incompatible con el Imperio que el vencedor ambiciona. Despojo de Austria; Venecia, anexionada al reino de Italia; Istria (exceptuado Trieste) y Dalmacia para Francia; el Tirol y el Trentino para la Baviera amiga; Suavia para el soberano amigo de Wurtemberg. El “castigo” de Nápoles termina la obra en sus trazos fundamentales. Austria ha sido expulsada de Alemania y de Italia; tal supone la liquidación de la paz.

Tras la paz de Presburgo, el Imperio se organiza. La Cuarta Dinastía ocupa los primeros puestos; en marzo de 1806, José Bonaparte es rey de Nápoles; meses más tarde, Luis es rey de Holanda.

Alemania camina hacia la unidad bajo la protección francesa; los Duques de Baviera y Wurtemberg reciben la corona real; los de Hesse-Darmstadt y Baden son hechos Grandes Duques; Hannover pasa a Prusia; a la orilla del Rhin, el Gran Ducado de Berg encuentra en Murat su soberano.

Quince príncipes de la Alemania del Oeste y del Sur se separan de Austria y forman la *Confederación del Rhin*, cuya Dieta residirá en Francfort, capital. Napoleón —*Rey de Italia* ya— es ahora *Protector de la Confederación del Rhin*, soberano alemán; le corresponde el derecho de veto, la dirección de la política exterior, el mando del Ejército. El 1 de agosto de 1806 Napoleón y los príncipes de la Confederación comunican a los soberanos de Europa el fin del Santo Imperio Romano Germánico, constituido por Oton el

Grande en 962. Francisco II, Emperador de Alemania, quedará en Francisco I, Emperador hereditario de Austria.

* * *

La historia es conocida, y su evocación sólo en un aspecto nos concierne. Austria vuelve a la lucha en la Quinta Coalición; la batalla de Wagram lleva a la Paz de Viena de 14 de octubre de 1809. Nuevo despojo de las tierras dependientes de Viena en favor de Francia y de los Estados amigos: Salzburgo para Baviera; la Galitzia occidental para el Gran Ducado de Varsovia; Trieste, Fiume, Carintia, Carniola y Croacia forman, con la Dalmacia, las Provincias Ilíricas, parte del Imperio.

Liquidación de Viena, cuyo poder posee París. Tras la eliminación, la sucesión. Entre las consecuencias de la Paz de Viena, la más importante —la más significativa— es la unión del Emperador Napoleón I con la hija del Emperador Francisco II.

* * *

La idea del divorcio es vieja en Napoleón, y se remonta al año 1799, con motivo de las infidelidades de la Generala Bonaparte. Infidelidades perdonadas, olvidadas acaso, borradas en la gloria de la coronación y en la intimidad del matrimonio religioso celebrado la víspera.

Pero el Emperador no puede apartar su pensamiento del problema de la sucesión que los acontecimientos hacen cada día más grave. Una duda man-

tiene la irresolución del marido: ¿en cuál de los esposos reside la causa de la esterilidad del matrimonio? Al volver de Austerlitz, Napoleón fijó sus ojos en Mlle. Denuelle, la linda lectora de su hermana Carolina; de aquella inclinación del Emperador nació, en diciembre de 1806, un niño, "el otro aguilucho", el calamitoso Conde León (59). Y la duda quedó desvanecida; se hallaba desvanecida cuando la Paz de Viena.

El 30 de noviembre de 1809, a solas en la mesa el matrimonio, Napoleón confesó su propósito y Josefina sufrió un ataque de nervios verdaderamente imperial. Quince días más tarde, en reunión solemne de familia y ante el archicanciller Cambacères, tuvo lugar la separación. *Ella ha embellecido quince años de mi vida* —dijo el Emperador— (60).

En la lista de princesas, sólo las rusas y las austríacas pueden llenar la ambición napoleónica de un enlace político. El proyecto de un casamiento con la Gran Duquesa Catalina, hermana de Alejandro I, tropieza con la oposición de la Emperatriz viuda, María Fedorofna, que detesta a Napoleón, y que casa a su hija, precipitadamente, con un Duque de Holstein, para eludir el problema. El segundo proyecto —matrimonio con la Gran Duquesa Ana— no es, en el pensamiento napoleónico, más que un medio de presionar y decidir a la Corte de Viena.

El acuerdo logróse rápidamente, pues se hallaban conformes en la conveniencia del enlace Napoleón y Metternich. Muy adelantadas las negociaciones, la Ar-

(59) G. Lenotre: *Napoleón. Croquis de la Épopée*. Versión española, p. 224; Barcelona, 1935.

(60) Charles Kunstler: *La vie privée de l'Impératrice Joséphine*, p. 192-197; París, 1939.

chiduquesa María Luisa, que las desconocía totalmente, escribía a la Condesa de Colloredo: "Dejo a las gentes hablar y no me ocupo en absoluto del caso. Compadezco tan sólo a la pobre princesa que él escoja, porque no seré yo seguramente la víctima de la política." Días más tarde surgen en ella la inquietud y la resignación: "Pongo mi suerte en las manos de la Divina Providencia... Estoy dispuesta al sacrificio de mi felicidad personal." (61).

Llena de las ideas que sobre Napoleón corrían en la Corte vienesa, María Luisa no podía imaginar al "ogro" entregado a la ilusión de aquel matrimonio, realización plena de todos sus sueños. El Emperador aparecía transformado a los ojos de sus cortesanos; cuidaba por primera vez en su vida de vestir a la moda, montaba a caballo para adelgazar, aprendía a bailar para complacer a María Luisa, cuya afición al baile conocía. Cuidó todos los detalles del viaje de la Archiduquesa e hizo que en los relevos encontrase ramos de flores. Avanzó de incógnito, acompañado por Murat, deseoso de proporcionarle y gozar un encuentro romántico. Todo lo humano vibraba en el regocijo del Emperador. "Señor, vuestros retratos no os favorecen", dijo graciosamente María Luisa cuando el grito del postillón le descubrió al desconocido que avanzaba hacia ella en Courcelles.

El matrimonio civil tuvo lugar en Saint-Cloud el 1 de abril. Al día siguiente se celebró el matrimonio religioso. Un gran cortejo de treinta carruajes pasó por el Arco del Triunfo, y entre ellos el coche de la Coronación ocupado por los Emperadores. En el *Salón*

(61) G. Valbert: "Lettres intimes de l'Empératrice Marie Louise". *Revue des Deux Mondes*, LXXXII, p. 688; París, 1 de agosto de 1887.

Carré del Louvre, transformado en capilla, el Cardenal Fesch bendijo la unión. Catalina y Julia, Reinas de Westfalia y de España, Elisa, Paulina y Hortensia llevaron el manto de la Emperatriz. (Una sombra solamente oscureció, de paso, la felicidad de Napoleón: trece cardenales faltaron a la ceremonia, inquebrantables en la apreciación de la validez del primer matrimonio del Emperador.)

En el banquete celebrado más tarde en las Tullerías, Metternich brindó por el futuro heredero, saludándole como "Rey de Roma" (62). El viejo título aplicado al niño, por cuyas venas había de correr la sangre revolucionaria de Bonaparte y la sangre imperial de los Habsburgo, era la perfecta expresión del sueño napoleónico.

"Este matrimonio —escribe Driault— (63) asociaba la autoridad nueva del Emperador Napoleón con la autoridad secular de los emperadores del antiguo régimen; parecía continuar la abdicación que el Emperador de Austria había hecho del Imperio de Alemania después de Austerlitz; parecía que abandonaba en el Emperador Napoleón la sucesión imperial o el Imperio de Europa."

De la doble tarea por la eliminación y la sucesión del Imperio, que había dado lugar a la guerra con el Emperador y al matrimonio con la Archiduquesa, se burlaba una copla parisién:

(62) M. E. Ravage: *La vida de María Luisa, la Emperatriz inocente*. Versión española, p. 139; Madrid, 1933.

(63) Edouard Driault: *Les enseignements de Napoleon. Le système continental*, p. 278. Y también: *Napoleon et l'Europe. Le Grand Empire*, p. 53; París, 1924.

*Tout d'abord on rosse l'papa,
puis on couche avec la fille...*

En una hora trágica —junio de 1813— Napoleón repitió a Metternich su pensamiento de “mediador”: *Al desposar una Archiduquesa yo quise unir el presente y el pasado; los prejuicios góticos y las instituciones de mi siglo. Y añadió: Me he engañado y hoy me doy cuenta de toda la extensión de mi error.* Porque la conciliación no se había logrado, y, tras la campaña de Rusia, Austria levantaba de nuevo sus ejércitos contra los ejércitos de Napoleón, para una lucha que haría trágicamente inútil el único fruto de la alianza de Bonapartes y Habsburgos: la vida del Rey de Roma.

c) *Paz y guerra con Rusia.*

A la vez que este empeño de identificación histórica con el Imperio austríaco, Napoleón tuvo el de la diferenciación histórica y geográfica con el Imperio ruso. Ser Emperador de Occidente, y al mismo tiempo establecer la separación con el indispensable Emperador de Oriente.

Desde el comienzo de su mando, el Primer Cónsul busca la amistad rusa, como contrapeso al común esfuerzo de las naciones que rodean a Francia. Después, cuando las ideas y las realizaciones del Imperio napoleónico avanzan, su concepción de la dualidad Oriente-Occidente le lleva a buscar, en la amistad con Rusia, el reparto del poder necesario al reposo del mundo. Cuando piense que su Imperio está constituido y considere fracasado el intento de una pacífica inteligencia

con Rusia, se lanzará al encuentro decisivo, única manera de resolver el problema.

* * *

Por su organización interna, todo depende en Rusia de un hombre. Este hombre, cuando Napoleón ocupa el Poder como Primer Cónsul, es Pablo I.

Pablo I es la reacción eslavófila contra los modos de Catalina II, reacción impulsada por un loco, que pasea en un triunfo macabro el cadáver de su padre, que restablece la igualdad de clases en la masa rusa ante el mando despótico del Zar, que intenta el retorno simple a la vida oriental. "Hemos vuelto a retroceder a lo más hondo del Asia", escribe un testigo de los comienzos de su mando (64). Buen soberano para la horda en que Napoleón piensa: *los rusos, los calmuco, los cosacos, estos pueblos que invadieron antaño el Imperio romano*.

Desmedido en sus impulsos, el amor de una actriz francesa —Mme. Chevalier— y la victoria de Marenngo, despiertan el entusiasmo del Zar por Napoleón, cuyas campañas serán objeto de estudio obligatorio en las escuelas militares rusas. El Primer Cónsul se emplea en la aproximación: siete mil prisioneros rusos que Inglaterra y Austria se niegan a cambiar por prisioneros franceses serán devueltos generosamente al Zar, equipados de nuevo, con sus banderas y sus armas. Pablo I expulsa brutalmente de Mitau a Luis XVIII y a los suyos, que han de emprender la marcha a pie bajo una tempestad de nieve. Entre los

(64) Nikolai Sementowski-Kurilo: *Alejandro I*. Versión española, p. 48; Madrid, 1941.

dos hombres se acarician grandes proyectos contra Inglaterra, enemigo común: Napoleón propone a Pablo I la apertura del Canal de Suez; Pablo I a Napoleón la invasión de la India conforme al viejo proyecto girondino de Brissot (65).

Todo depende del hombre, y el hombre es asesinado el 24 de marzo de 1801.

Al loco de una pieza que fué Pablo I le sucede un cuerdo de varias piezas, inestable e inasequible. Un contraste físico entre el "monstruo con cabeza de muerto" y el hermoso, elegante y joven Zar. Un contraste de propósito inicial: "Todo —advierde Alejandro I— tornará a ser como en tiempos de la abuela." Un contraste entre la continuidad ciega del padre y la capacidad de cambio del hijo, soñador liberal bajo el preceptor suizo La Harpe, soberano a la rusa con el tiempo; descreído "a lo filósofo" un día, después místico extraviado bajo la influencia de la Krüdener. Una mujer que le conoció íntimamente dijo de él: "Carece de fondo." Y Napoleón advirtió: *No se podría tener más ingenio que el Emperador Alejandro; pero veo que falta una pieza en su carácter y me es imposible descubrir cuál sea* (66).

Impulsivo, impresionable, inestable, el secreto de su carácter es el tormento de la conciencia que encuentra la sangre del padre en el origen de su mando. La conspiración a que había dado su consentimiento acabó en el crimen. A su amigo el Príncipe Adam Czar-torisky le dijo un día: "No hay salvación para mí;

(65) Albert Sorel: *L'Europe et la Revolution Française*, III, p. 261.

(66) M. Paleologue: *Alejandro I*. Versión española, p. 7 y 8; Santiago de Chile, 1937.

he de sufrir." (67). El propósito y la conducta de Alejandro se hallarán turbados constantemente por el recuerdo del origen sangriento del poder que ejerce. De aquí la voluntad rota y la acción cambiante, que le harán inasequible al intento napoleónico de fijarlo, como amigo o como enemigo.

La relación franco-rusa (mejor aún, la relación Napoleón-Alejandro) atraviesa tres momentos que nos permiten conocerla con perfecta claridad: la paz de Tilsit, intento de acuerdo conforme el pensamiento napoleónico; la entrevista de Erfurt, transición en que Alejandro escapa al proyecto del otro Emperador; la campaña de Rusia, en que los dos Imperios resuelven con las armas el pleito. Bajo tal luz hemos de verlos brevemente.

* * *

El esfuerzo de Napoleón por lograr la buena disposición del ánimo de Alejandro, que permita trocar en amistad su hostilidad inicial hacia Francia, fracasa en sus primeros intentos. El 25 de noviembre de 1805, en vísperas de Austerlitz, Napoleón llama a su ayudante, el General Savary: *Id a Olmitz, entregad esta carta al Emperador de Rusia, y decidle que habiendo sabido que se encuentra en su Ejército os he enviado a saludarle de mi parte.* La carta, que contenía un ofrecimiento de amistad, obtuvo por toda respuesta una breve nota dirigida "Al jefe del Gobierno francés." Tras la gran batalla, con el deseo de "hacer alguna cosa agradable al Emperador Alejandro", Napoleón, recordando la emoción producida en Pablo I por la

(67) N. Sementowski-Kurilo: *Alejandro I*, p. 71.

liberación de los prisioneros rusos, envía al Zar los soldados capturados de su Guardia Imperial. Vadamme protesta: "Hacerles gracia hoy es querer que se encuentren en París dentro de seis años." (68).

Nada logra impedir el que Rusia forme, con Prusia e Inglaterra, en la Cuarta Coalición. En Jena y Auerstaedt, Napoleón vence a los prusianos; en Eylau y Friedland a los rusos. La victoria francesa y la conducta inglesa en la Coalición dan lugar al cambio de Alejandro y le empujan al acuerdo de Tilsit.

Acaso ningún otro punto de la política napoleónica haya sido estudiado tan concienzuda y minuciosamente como este de la relación entre los dos Emperadores: Tatischeff, Sorel, el Gran Duque Nicolás Micailovich, Vandal, Driault le han dedicado excelentes páginas. Las conclusiones de alguno de ellos, que, basadas en la consideración de los pormenores, tratan de borrar la línea sencilla del propósito napoleónico, no logran convencernos. El propósito es claro y simple. Su realización —difícil y compleja porque juegan en ella intereses nacionales y dinásticos— no contradice la existencia de aquella voluntad napoleónica.

El "escenario heroico, que ha llegado a ser clásico, y que constituye para muchos, para la mayor parte tal vez, el interés esencial de la entrevista", provoca la ironía de Driault, pero no logra, en nuestro ánimo, el quebrantamiento de la tesis a que tal ironía alude. "La balsa del Niemen, las largas conversaciones de los dos Emperadores hasta la noche, sus paseos interminables a través de las calles de la pequeña ciudad, sus marchas a caballo en los campos, la revista

(68) Paul de Cassagnac: *Napoleon pacifiste*, p. 265-269.

de las tropas, las cruces distribuidas a los más valientes, las borracheras de los granaderos de las dos guardias, sus gritos entusiastas: ¡Viva el Emperador de Oriente! ¡Viva el Emperador de Occidente!” (69)

Una vez de acuerdo, Francia y Rusia podrán dominar el mundo, dirá Napoleón. Ante el mapa de Europa, señala el Vístula al Príncipe Lobanof: *He aquí el límite de los dos Imperios. Vuestro señor debe dominar de un lado, yo del otro* (70). “Era —escribe Driault— el comienzo de la empresa de seducción que constituye toda la entrevista de Tilsit.”

“Yo odio a los ingleses tanto como vos”, dice Alejandro. Junto a este sentimiento le mueve la grandeza del juego diplomático, la actitud del vencedor, que no parece buscar su humillación, sino su amistad. Pero el más ilusionado —como Sorel advierte— es Napoleón. *Acabo de ver al Emperador Alejandro en medio del Niemen sobre una balsa en la que se había levantado un hermoso pabellón* —escribe el 25 de junio de 1807—. *He quedado muy contento de él; es un hermoso, bueno y joven Emperador; tiene mucha más inteligencia de la que comúnmente se piensa*. Y el 3 de julio advierte a Fouché: *Cuidad de que no sean dichas más tonterías, directa o indirectamente, respecto a Rusia. Todo lleva a pensar que nuestro sistema va a ligarse con esta potencia de una manera estable*. Vandal ha escrito las que Villat encuentra “hermosas páginas, demasiado hermosas páginas” (71): “Napoleón

(69) Edouard Driault: *Napoleon et l'Europe. Tilsit*, p. 155; París, 1917.

(70) Serge Tatischeff: *Alejandro Ier et Napoleon, d'après leur correspondance inédite*, p. 140; París, 1891.

(71) Louis Villat: *Napoleon*, p. 122; París, 1936.

es la acción; Alejandro es el sueño... Perdido y consternado, el Zar no pide más que la paz y se asombra al encontrar un vencedor que le consuela de su derrota y le hace esperar de una alianza todas las ventajas que hubiera obtenido de una victoria..."

El más ilusionado fué, no obstante, Napoleón. Cuando en Santa Elena se le preguntó por el momento en que había sido más dichoso, respondió a Gourgaud: *Tal vez en Tilsit.*

Para evitar en el Tratado la derrota rusa, Prusia será la vencida. Reducida a cuatro provincias —Brandeburgo, Pomerania, Silesia y la Prusia del "primer día de 1772"—, se la humillaba, dejándole tales tierras "por consideración a S. M. el Emperador de todas las Rusias". En vano la belleza y las lágrimas de la Reina Luisa intentaron limitar el desastre: *Para hacerla cambiar* —escribía Napoleón— *le rogué que se sentase. Nada corta mejor una escena trágica, porque cuando se está sentido se transforma en comedia...*

Rusia, por su parte, se aviene al Imperio napoleónico, reconociendo las transformaciones realizadas en Occidente, abandonando Cattaro y las islas Jónicas. Y mediante una alianza secreta se compromete al bloqueo y a la guerra con Gran Bretaña, si esta nación no acepta la mediación rusa en el pleito franco-inglés.

En el acuerdo surgen, claro es, los dos grandes problemas: "Un mapa de Turquía estaba desplegado ante ellos. Alejandro señaló Constantinopla. ¡No! —gritó Napoleón—. ¡No, Constantinopla, jamás, porque ése es el Imperio del mundo! Y la cuestión fué reservada al porvenir de la alianza." (72). Se elude el

(72) Albert Sorel: *L'Europe et la Revolution Française*, vol. II, p. 179; París, 1904.

problema, se le deja al futuro, como “una prima a la alianza”, según la frase de Driault. “Las dos altas partes contratantes se entenderán para sustraer todas las provincias del Imperio otomano en Europa, exceptuadas la ciudad de Constantinopla y la provincia de Rumelia, al yugo y a las vejaciones de los turcos.”

Napoleón desea eludir también el tema de Polonia, en el que Alejandro parece ahora mejor dispuesto. *Es preciso encontrar a alguien para colocarle allí, que no haga sombra ni a Rusia ni a Austria.* El Ducado de Varsovia es —según Vandal— una “concepción defensiva” de Napoleón, llamada “casi inevitablemente a tomar el aspecto ofensivo”; pese a todo disimulo, “embrión de Polonia”. “Debió transformarse —escribe Handelsman (73)— en la extrema frontera del gran Imperio napoleónico, obligar a Rusia a persistir en la vía de sus compromisos, vigilarla, separarla de Francia, y al mismo tiempo constituir un obstáculo permanente a una alianza durable entre los dos Imperios que se habían repartido la dominación de Europa...”

El Imperio se reorganiza de nuevo tras el destroz de Prusia. El reino de Westfalia pasa a la Cuarta Dinastía en la persona de Jerónimo Bonaparte. El Gran Ducado de Varsovia es atribuido al Elector de Sajonia. El Electorado de Sajonia se transforma en reino. Los tres Estados entran en la Confederación del Rin.

La nueva situación nos permite percibir, bajo el acuerdo, las dificultades no resueltas: Turquía y Polonia. Ambas darán lugar al gran problema. “No son

(73) Marcel Handelsman: *Napoleon et la Pologne*, p. 135 y 136; París, 1909.

más que dos para gobernar el Continente —escribe Sorel—. ¿Cuál de los dos gobernará al otro?”

* * *

El desarrollo de la alianza de Tilsit es una obsesión para Alejandro I, que ha accedido a los cambios realizados en Occidente por Napoleón y que aspira a realizar los que convienen a Rusia en el Oriente. Pretende, por lo pronto, agregar a su Imperio los principados rumanos de Moldavia y Valaquia, que ha ocupado en guerra con los turcos. Napoleón exige, en compensación, la Silesia. Y el caso queda sin resolver. Luego, para que Alejandro dé por buena su intervención en España, Napoleón empuja al Zar a la lucha con Suecia y a la ocupación de Finlandia. No por ello abandona Alejandro sus propósitos respecto a Turquía, es decir, el reparto dejado al futuro en Tilsit. El 2 de febrero de 1808 Napoleón escribe a Alejandro: *Sólo por medio de grandes y vastas medidas podemos llegar a la paz y consolidar nuestro sistema.* La famosa carta vuelve al gran proyecto; tras la conquista de Turquía, la marcha sobre la India. *En estas pocas líneas nuestro a V. M. mi alma toda entera. La obra de Tilsit regulará los destinos del mundo.*

El desarrollo de aquel acuerdo, las ambiciones de ambos Emperadores, el curso de los acontecimientos, todo exige un nuevo contacto personal de Napoleón y Alejandro. De aquí las conversaciones de Erfurt, que tienen lugar desde el 27 de septiembre al 14 de octubre de 1808. Cuando se inician, la situación de Napoleón es muy distinta a la de Tilsit; la guerra peninsular ha proporcionado a su Ejército las capitula-

ciones de Bailén y de Cintra; ante tales reveses, la actitud de Austria ha cambiado; en definitiva, el Imperio atraviesa un momento angustioso.

Como en Tilsit, más aún que en Tilsit, Napoleón prepara cuidadosamente el escenario, atento a la impresionabilidad del carácter de Alejandro. *Vais a actuar* —advierte a Talma— *ante un "parterre" de reyes; dos emperadores, cuatro reyes, treinta y cuatro príncipes. Elige las piezas teatrales: Edipo, ante una de cuyas frases —"L'amitié d'un grand homme est un present des dieux"— los dos Emperadores se estrecharán las manos. Cinna, donde se habla de "los crímenes de Estado que se hacen por la corona", frase excelente, sobre todo para los alemanes... que hablan aún de la muerte del Duque de Enghien... La guardia saludaría con un número de redobles distintos, y según su categoría, a los príncipes asistentes. Un día, ante una confusión habida con el soberano de Wurtemberg, el oficial gritó a los soldados: "¡Basta; no veis que no es más que un rey!"*

Napoleón no trata ahora de obtener, como en las horas felices de Tilsit, el asentimiento a su indiscutible dominio; necesita que el Zar apruebe su conducta en España y que "enseñe los dientes a Austria", cuya actitud nuevamente hostil le pone en grave aprieto. Ha de consentir, por lo pronto, en la ocupación de los principados rumanos y de Finlandia, ha de ofrecer la evacuación francesa de Varsovia. Obtiene la aprobación de su acción en España, pero tropieza con una resistencia obstinada en cuanto a la amenaza rusa respecto a Austria. En vano se muestra colérico. "Vos sois violento, pero yo soy obstinado —le advierte el Zar—. Nada se logra de mí por la violencia."

La actitud de Alejandro —y el fracaso de Erfurt, por tanto— es obra de Talleyrand. “En Erfurt he salvado a Europa —dirá más adelante el Príncipe de Benevento— de un completo trastorno.” Las razones de la actitud de Talleyrand son varias, y van desde su concepción internacional del equilibrio al interés personal deshonesto. “Señor —dice a Alejandro—, ¿qué venís a hacer aquí? Os toca salvar a Europa, y sólo lo lograréis haciendo frente a Napoleón. El pueblo francés es civilizado, su soberano no lo es; el soberano de Rusia es civilizado y su pueblo no; corresponde al soberano de Rusia ser el aliado del pueblo francés.” En otra conversación le expone su tesis política del momento: “El Rin, los Alpes y los Pirineos son la conquista de Francia; el resto es la conquista del Emperador.” Sus consejos a Alejandro y sus informes a Matternich constituyen una traición (74). El Zar escribe al Emperador de Austria tranquilizándole sobre los resultados de Erfurt: “el último servicio que he podido prestar a Europa —dirá Talleyrand— durante el reinado de Napoleón...”.

El 14 de octubre el Zar sale de Erfurt. Napoleón le acompaña durante dos horas. Se separan tras abrazarse. Ya no volverán a encontrarse sino como enemigos en el campo de batalla.

* * *

El fracaso de Erfurt queda probado en la inercia rusa ante la guerra franco-austríaca de la Quinta Coa-

(74) Lacour-Gayet: *Talleyrand*, II, p. 238-247.

lición. Desde entonces, la alianza oficial ruso-francesa no oculta una hostilidad creciente en cada nueva fricción. El matrimonio austríaco, el establecimiento de Bernadotte en Suecia, la anexión del Ducado de Oldenburgo, la incorporación de las ciudades hanseáticas, por parte de Napoleón. La apertura de los puertos rusos, las tasas a las importaciones francesas, el intento de apoderarse por sorpresa de Varsovia, por parte de Alejandro. En 1811 los dos soberanos se entregan a grandes preparativos militares que anuncian el desenlace bélico del problema.

El Gran Imperio está logrado. Napoleón cuenta —entre vasallos y aliados— con casi todos los Estados de Europa para la grande y decisiva contienda, que se impone a sus ojos ante el fracaso de la grande y decisiva alianza. El dirá en Santa Elena: *Me era necesario vencer en Moscú.* Y en otra ocasión: *La paz de Moscú cumplía y terminaba mis expediciones guerreras: era para la gran causa el fin de los azares y el comienzo de la seguridad.*

La consideración del desastre napoleónico en Rusia lleva aparejado, frecuentemente, el olvido de la variedad de las fuerzas que hizo intervenir en aquella campaña: “la incorporación a sus tropas de los cuerpos extranjeros, el reclutamiento del ejército de las *Veinte Naciones* en toda la Europa occidental y central, entre todos los vencidos de la víspera y dirigidos por él en bloque contra el coloso ruso...” (75).

Nunca el “escenario” ofreció mayor solemnidad. “El marchó por Dresde. Allí recibió los homenajes de todos los príncipes y reyes de Europa... Cuando en las

(75) Gustave Canton: *Napoleon antimilitariste*, p. 240; París, 1902.

grandes ceremonias que él presidía todos se alineaban para dejarle paso, se hacía esperar, y después que los funcionarios del protocolo habían anunciado a S. M. el Rey de Sajonia, a S. M. el Rey de Prusia y a S. M. Imperial Apostólica, tras una pausa, anunciaban en voz más alta: —El Emperador—. Y las cabezas coronadas de Europa se inclinaban ante su poder y su autoridad” (76).

En el Ejército, el espectáculo alcanza una grandeza semejante. “Llegábamos a la frontera rusa —escribe el Conde de Segur— (77). De derecha a izquierda, o del mediodía al norte, el ejército estaba dispuesto de esta manera ante el Niemen: Primero, en la extrema derecha y saliendo de la Galitzia sobre Drogiczin, el Príncipe Schwarzenberg y treinta y cuatro mil austríacos; a su izquierda, viniendo de Varsovia y marchando sobre Bialstock y Grodno, el Rey de Westfalia, a la cabeza de setenta y nueve mil doscientos westfalianos, sajones y polacos; al lado de ellos, el Virrey de Italia, acabando de reunir hacia Marienpol y Pilonny setenta y nueve mil quinientos bávaros, italianos y franceses; después, el Emperador, con doscientos veinte mil hombres, mandados por el Rey de Nápoles, el Príncipe de Eckmühl (Davout), los Duques de Dantzig (Lefebvre), de Istria (Bessières), de Reggio (Oudinot) y de Elchingen (Ney)... Por último, delante de Tilsit, Macdonald y treinta y dos mil quinientos prusianos, bávaros y polacos, formando la extrema izquierda del Gran Ejército.” “Un verdadero mosaico de nacionalidades —advierde el General Vacca Mag-

(76) Edouard Driault: *Les enseignements de Napoleon. Le système continental*, p. 283.

(77) Segur: *La Campagne de Russie*, p. 6 y 7.

giolini— (78). En los mismos regimientos franceses están incorporados ciudadanos belgas, holandeses, italianos, dálmatas, suizos y alemanes, pertenecientes a regiones anexionadas al Imperio...”

Hoy es fácil, “profetizando el pasado”, predecir la campaña de Rusia. Desde Tilsit, el 19 de junio de 1807, Napoleón escribe: *Un hecho particular, que ha excitado la risa de los soldados, ha tenido lugar por primera vez... Ha sido vista una nube de kalmucos batiéndose a flechazos.* La debilidad de aquellas armas será tan sólo un engaño. Tiene ante sí una resistencia nacional que no cederá ni ante la ocupación ni ante la destrucción físicas, que provocará la una y la otra como medios de resistencia. No luchará con la posible debilidad de los hombres, sino contra las fuerzas inasequibles del espacio y del tiempo.

El 17 de febrero de 1810 un decreto ha declarado a Roma segunda ciudad del Imperio, en la cual Napoleón se coronará por segunda vez antes del décimo año de su reinado. El Quirinal se transforma en Palacio Imperial. Ha llegado la hora. “El Emperador va a venir... para inaugurar el destino de la Tercera Roma.”

“Napoleón no llegó a Roma. Fué a perder el Imperio en Moscú” (79).

JESÚS PABÓN.

(Continuará.)

(78) Gen. Arturo Vacca Maggiolini: *Da Vahny a Waterloo*, vol. II, p. 246; Bolonia, 1939.

(79) Edouard Driault: *Les enseignements de Napoleon. La Leçon de Rome*, p. 347 y 348.

